

A MAS DE CIEN AÑOS DE LA MUERTE DE JOSE MARTI

Juan Rafael Quesada Camacho

*"LA CONCIENCIA ES LA
CIUDADANIA DEL
UNIVERSO"
JOSE MARTI.*

Desde el momento en que surgieron los Estados Nacionales en América Latina, ha existido una profunda preocupación por encontrar respuestas a preguntas tales como: ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde queremos ir?.

Efectivamente, construir el Estado Nacional exigía desarrollar una importante base material y un poder político centralizado en lo interior y soberano en lo exterior. Pero era igualmente vital darse un cuerpo de valores culturales, por medio de los cuales cada nación en proceso de formación se convirtiera en un ente orgánico capaz de construir, por sí mismo, su propio futuro.

La búsqueda y afirmación de raíces y de identidad propias fue un verdadero imperativo para la generación de la independencia, para aquella que había entonado "Cantos

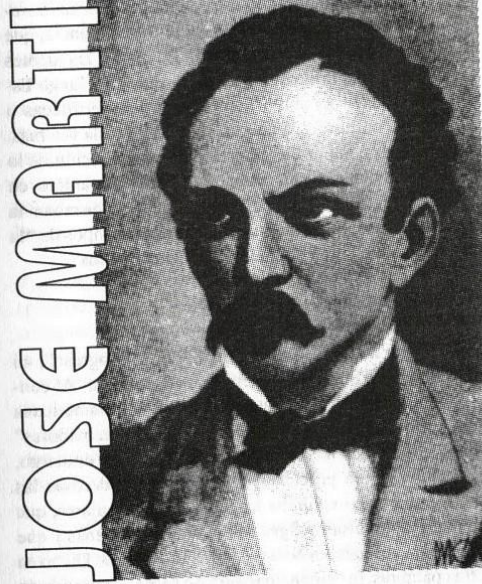
de guerra” contra el despotismo español. Así, Bolívar, en el Congreso de Angostura expresó: “No sabemos exactamente lo que somos. Que no somos blancos, ni indios, ni negros, sino nuevas síntesis de todos ellos”.

Esta preocupación por precisar la personalidad colectiva de las “nuevas naciones”, de dotar a las incipientes nacionalidades de una conciencia de pertenencia a una unidad cultural determinada, fue continuada por la llamada generación de emancipadores mentales. A este movimiento perteneció la generación de 1838 en Argentina, pero sobre todo, un grupo de intelectuales latinoamericanos que desde mediados del siglo XIX se empeñó en superar la herencia colonial (atraso, superstición, analfabetismo) y transformar la mentalidad, los hábitos y las costumbres de los pueblos americanos y de esa manera alcanzar el progreso y dominar el futuro.

Algunos de esos pensadores trataron de encontrar la emancipación, a partir de los propios. Es el caso chileno Francisco Bilbao, quien en el **Evangelio Americano** sentenció: “Tenemos que decir: el modelo nuestro, el modelo que tome en cuenta nuestro pasado, que tome en cuenta lo que hemos sido, porque resulta que hoy somos todo lo que hemos sido. Esto es un enorme problema; crear modelos de desarrollo consonantes con lo que hemos sido, con lo que somos y con lo que queremos ser. Ese es nuestro máximo desafío”.

Desgraciadamente, para América Latina, entre los emancipadores mentales prevaleció la posición de aquellos que elaboraron un proyecto o modelo cultural en el que se rechazaba radicalmente la herencia indígena y la hispana, y buscaba contradictoriamente, afirmar lo nacional, estableciendo como modelo lo extranjero.

Este modelo fue encarnado esencialmente por Domingo Faustino Sarmiento, quien en el momento en que empezaban a desarrollarse los imperios neocoloniales, sostenía que era en Europa donde estaban las ideas de progreso, los modelos de instrucción, alguna organización municipal y el gobierno regular. Este pensamiento



expresado en *Civilización y Barbarie* (1845) se concretó en la apertura de la inmigración europea y luego en la famosa Campaña del Desierto, la cual dio como resultado el casi total aniquilamiento de los aborígenes.

El proyecto de Sarmiento, compartido por pensadores como Juan Bautista Alberdi y otros más, contó con un aliado excepcional al insertarse con éxito las economías latinoamericanas en la división internacional del trabajo como proveedores de materias primas y productos agrícolas. Esto condujo a las élites latinoamericanas a una pronta y creciente asimilación-identificación con lo extranjero; es decir, el lugar donde se concretaba el progreso, como lo entendían los teóricos del positivismo en América Latina, y donde obtenían jugosas ganancias las oligarquías criollas. Todo ello ocurría “cuando el manejo agroexportador estaba en su apogeo”.

El condicionamiento estructural anterior tuvo implicaciones de orden cultural de gran trascendencia, que han repercutido hasta la actualidad. En efecto, las fuentes proveedoras del progreso —primero Europa y luego Estados Unidos— se convirtieron en poderosas Mecas o metrópolis culturales, a las cuales se imitó cada vez más. Así, paradójicamente, el proyecto de construcción de lo nacional se convirtió en la obsesión por lo extranjero, en llegar a ser iguales a los países que encabezaban la triunfante Revolución Industrial. Eran los tiempos de “**la Belle Epoque**” y de los “**Destinos Manifiestos**”.

EMANCIPACION FRUSTADA

Pero no todo era espejismo del “progreso”, ni filibusterismo interno en la época de Sarmiento. Al contrario, un sector de la intelectualidad latinoamericana tomó conciencia de que la labor de los “emancipadores” había producido cierta modernización, pero sin embargo, se trataba de un proceso que hacía más poderosas las metrópolis, que expoliaba a las mayorías populares, que se hacía a expensas del genocidio de los indígenas y que degradaba los valores de las culturas autóctonas. Dicho en otras palabras, la “emancipación”, se había convertido en una modernización extranjerizante, que enajenaba la riqueza del continente y que menoscababa la identidad nacional, en lugar de fortalecerla.

Entre los intelectuales que manifestaron preocupaciones en ese sentido, destaca José Martí. Este luchador por la independencia de su país había recogido con hidalguía la bandera de Bolívar y Bilbao, y cuando aún estaba vivo el recuerdo de Benito Juárez, sentó las bases del proyecto político cultural de mayor afirmación continental y de proyección hacia el futuro.

El modelo *martiano*, que en adelante se perfilaría de manera muy neta en oposición al de Sarmiento, fue expresado en ensayos, discursos, relatos para niños, poemas y teatro. Se basaba en una profunda valoración de las culturas aborígenes, subrayando el hecho de que se trataba del núcleo original de la cultura continental. Además

Martí reaccionó frente a los “mitos civilizadores”, sin que por ello dejara de reconocer su respeto por la cultura de la metrópoli española, no así por sus gobernantes. Igualmente, y en relación con lo anterior, elaboró todo un proyecto político sustentado en la identidad cultural de los pueblos latinoamericanos, afincado en la búsqueda y determinación de elementos propios para enfrentar, unitariamente, los peligros que para “Nuestra América” —la latina— representaba el naciente fenómeno del imperalismo.

Así, en 1877, en Guatemala, Martí trazó la primera concepción de “**Nuestra América**”, al afirmar: “Interrumpida por la conquista la obra natural y majestuosa de la civilización americana, se creó con el advenimiento de los europeos un pueblo extraño, no español, porque la savia nueva rechaza el cuerpo nuevo, no indígena, porque se ha sufrido la injerencia de una civilización devastadora, dos palabras que siendo un antagonismo, constituyen un proceso; se creó un pueblo mestizo en la forma” (...).

Y en 1883, Martí se revela contra el mito causante del mayor genocidio, de entrega de la soberanía en América Latina, a la civilización. En efecto, el apóstol cubano denuncia “el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con el que ocurre el estado actual del hombre europeo, tiene el derecho natural de apoderarse de la tierra ajena, perteneciente a la barbarie, que es el nombre con el que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América Europea”.

La crítica que Martí hace del fetiche de la civilización, es de gran importancia, pues ese concepto ocupó —y en alguna medida ocupa todavía— un lugar privilegiado en la imagen “occidentalizada” que la intelectualidad latinoamericana se había construido de sí misma. Sin lugar a dudas para ese grupo, América entró a la esfera de la civilización, gracias a la conquista iniciada en 1492.

Justamente, las ideas de Martí respecto a la especificidad cultural de América Latina y a sus orígenes

múltiples, fueron criticadas por Sarmiento, quien en 1883, en *Conflicto y armonía de las razas en América*, al profundizar su modelo extranjerizante de cultura, afirmaba: “Quisiera que Martí nos diera menos Martí, menos español de raza y menos americano del Sur, por un poco más del yanqui, el nuevo hombre moderno”. Y en abierta oposición a Martí, quien abogaba por la autenticidad de América Latina, por la fidelidad a sus raíces, Sarmiento terminaba resumiendo su proyecto cultural en la siguiente frase: “Seamos los Estados Unidos del Sur”.

Sí los Estados Unidos atraían tanto a Sarmiento y a las élites latinoamericanas en general, eso se debía a que su papel como potencia había aumentado enormemente. En efecto, hacia la década de 1880, en Estados Unidos la industria y la agricultura estaban en capacidad de producir más de lo que podía el consumo nacional. Entonces empezaron a buscar mercados en el mundo exterior. Asimismo, una meta crucial era fortalecer el poder marítimo en el área del Caribe y Centroamérica, en detrimento de las potencias europeas. Para lograr lo anterior, se trataba de hacer realidad “el tercer destino manifiesto”, esto es lograr la posesión del istmo, apoderarse de bases estratégicas en el Pacífico y dominar los pasos del Caribe entre la costa oriental de Estados Unidos y Panamá. En cuanto a este último sector corresponde, el entonces soñado Canal del Istmo estaría dominado por Cuba y Jamaica.

José Martí estaba plenamente consciente de los intereses estratégicos en juego, por eso, recurre a las categorías de análisis propias de las ciencias sociales del siglo XX y a propósito del “Congreso Internacional de Washington” expresó: “Jamás hubo en América, de la independencia a acá asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, que el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles, y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menor poder. Después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas, y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado

para la América española la hora de declarar su segunda independencia”.

NUESTRA AMERICA

Entre 1889 y 1891, es decir, en los momentos en que se celebraban en Washington las primeras conferencias panamericanas, Martí dio a luz sus textos fundamentales sobre la realidad de América Latina y expresó a su vez, la percepción del futuro de nuestro continente. En el ensayo **Nuestra América**, de 1891, verdadero manifiesto programático, a decir de Fernández Retamar, Martí resume su pensamiento americanista.

Una idea fundamental, en la línea de la emancipación mental, es la lucha contra la copia servil de lo extranjero, la necesidad imperiosa de crear, antes que imitar. Por eso es enfático al afirmar que “el problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio del espíritu”, porque la “colonia continuó viviendo en la república”:

“Eramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petrimete y la frente de



niño. Eramos una máscara con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el Chaquetón de Norte América y la montura de España. (...).

Eramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza”.

Cuando la “revolución intelectual” de la “clase alta” había provocado “más males que bienes”, Martí clama por que se busquen soluciones a los problemas a partir del conocimiento de lo propio, para evitar la anulación de la “capacidad creadora”.

“las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase en esta generación».

Y en una manifestación de absoluta clarividencia, que mantiene una gran actualidad, el apóstol cubano exclamaba:

“El vino, de plátano, y si sabe agrio, ¡es nuestro vino!. Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas para no caer por un yerro de forma, han de promoverse en formas relativas (...).

Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyes no se destanca la sangre cuajada de la raza india (...).

El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma de gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país”.

Con el fin de desarrollar una conciencia cultural americana propia, que sirviera de resguardo a las tradiciones heredadas, Martí, como lo había hecho Bilbao, le asignaba a la universidad una tarea de gran envergadura; esto es, que el estudio de la historia patria sirviera para crear una profunda conciencia nacional, afincada en valores propios.

“La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria (...).

Injertamos en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido, que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas”.

Si bien Martí, en concordancia con su espíritu americanista, creía en valores universales, en lo que él llama la “identidad universal del hombre”, clamó, como nadie, para que los habitantes de “Nuestra América” asumieran plenamente nuestro meztizaje, negado desde entonces por los que abierta o implícitamente se han hecho portadores del racismo.

“Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio, y criollo, vinimos, denodados al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en Méjico la república, en hombros de los indios (...). No hay odio de razas porque no hay razas”.

Igualmente cabe destacar que, en contraposición a Sarmiento, cuyo pensamiento era esencialmente extranjerizante, Martí condenaba a quienes habían renegado de los orígenes de nuestros pueblos, calificándolos de inferiores, y so capa de civilizadores servían de caballo de Troya para la nueva colonización.

“A los sietemesinos solo les faltaría el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás (...).

Hay que cargar los barcos de estos insectos dañinos que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisenses o madrileños, vayan al Prado de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! ¡Esos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma y la dejan sola en el lecho de las enfermedades!

Estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios y va de más a menos! Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres!”.

Como se ha indicado, Martí instaba a los “americanos latinos” a luchar por la segunda independencia, pero su patria, Cuba, no había alcanzado la primera. En efecto, Cuba era una de las últimas posesiones del agonizante imperio español, forjado a partir de Carlos V, y Martí, hombre de pensamiento y acción, se distinguió por luchar en las “trincheras de piedra” y en las “trincheras de ideas”, aunque en 1891, en “Nuestra América”, afirmaba que las últimas valían más que las primeras; desde su juventud entregó su energía y su inteligencia a la liberación de su país. Precisamente, con respecto al patriotismo, Martí precisó su pensamiento en 1895 al afirmar: “Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer”. Y en “La fiesta a Bolívar” escribió:

“QUIEN TENGA PATRIA, QUE LA HONRE, Y QUIEN NO TENGA PATRIA, QUE LA CONQUISTE; ESTOS SON LOS UNICOS HOMENAJES DIGNOS DE BOLIVAR”.

Con el fin de desarrollar una conciencia cultural americana propia, que sirviera de resguardo a las tradiciones heredadas, Martí, como lo había hecho Bilbao, le asignaba a la universidad una tarea de gran envergadura; esto es, que el estudio de la historia patria sirviera para crear una profunda conciencia nacional, afincada en valores propios.

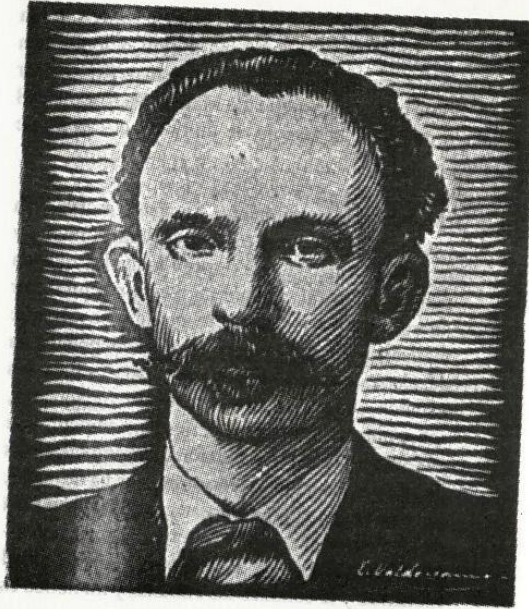
“La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria (...).

Injertamos en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido, que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas”.

Si bien Martí, en concordancia con su espíritu americanista, creía en valores universales, en lo que él llama la “identidad universal del hombre”, clamó, como nadie, para que los habitantes de “Nuestra América” asumieran plenamente nuestro meztizaje, negado desde entonces por los que abierta o implícitamente se han hecho portadores del racismo.

“Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio, y criollo, vinimos, denodados al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en Méjico la república, en hombros de los indios (...). No hay odio de razas porque no hay razas”.

Igualmente cabe destacar que, en contraposición a Sarmiento, cuyo pensamiento era esencialmente extranjerizante, Martí condenaba a quienes habían renegado de los orígenes de nuestros pueblos, calificándolos de inferiores, y so capa de civilizadores servían de caballo de Troya para la nueva colonización.



José Enrique Rodó, la *nordomanía* selló o afirmó, la imposibilidad— esperemos que no para siempre— de nuestra emancipación mental.

Un siglo después de que José Martí cayera en el campo de batalla, constatamos con pesar que los “destinos manifiestos” siguen latentes, que la *nordomanía* ha calado hasta las entrañas más profundas de “Nuestra América”. Pero a pesar de todo, el pensamiento de Martí sigue vigente. ¡Gracias José Martí por seguir iluminando, a un siglo de distancia, nuestra conciencia de identidad! ¡Gracias por ser un manantial inagotable de inspiración, de civismo y de dignidad!

BIBLIOGRAFIA

- Belli, Gioconda y otros. **La interminable conquista: emancipación e identidad de América Latina 1492-1992**. San José, Editorial DEI, 1991.
- Benedetti, Mario y otros. **Nuestra América y el V Centenario**. Quito, Editorial El Duende, 1990.
- Chevalier, Francois, **L'Amérique Latine de l'indépendance à nos jours**. Paris, PUF, 1979.
- Fernández Retamar, Roberto. **Nuestra América y el Occidente**. Bogotá, Editorial El Búho, 1984 (2da. edición).
- Instituto Cubano de Geodesia y Cartografía y Centro de Estudios Martianos. **Atlas Histórico Biográfico de José Martí**. La Habana, 1983.
- Martí, José. **Ideario**. Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1987.
- _____. **Obras Completas**, Vol. V. Madrid, Editorial Atlántida (s.f.e.).
- Pizarro, Ana. “Cultura y prospectivas: el imaginario de futuro en la literatura latinoamericana”. En: **Diseños para el cambio, modelos socioculturales**. Caracas, Editorial Nueva Sociedad, 1987.
- Quesada Camacho, Juan Rafael. **América Latina, Memoria e identidad: 1492-1992**. San José, Editorial Respuesta, 1993.
- _____. “El dilema de la identidad cultural de Latinoamérica de cara al V Centenario”. En: **Revista de Ciencias Sociales**. Nº 54-55, 1982.
- Rodó, José Enrique. **Ariel**. Bogotá, Ediciones Universales, 1906.
- Zea, Leopoldo. **Fuentes de Cultura Latinoamericana**. (compilador). Vol I, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.